

Capítulo

1

María solía sentirse incontrolablemente sexual en las salas *business* de los aeropuertos. Cuando volvía de reuniones en el extranjero, a la ejecutiva de veintiséis años le gustaba sentarse con un gin-tonic en una mano y el *¡Hola!* en la otra. Mientras se relajaba en las butacas de las salas VIP de British Airways de todo el mundo, María solía excitarse; se le abrían los sentidos después de una jornada de trabajo, especialmente cuando llevaba puesto su traje Armani de ochocientos euros, que le hacía sentirse sexi, poderosa. Sin embargo, muy a su pesar, todos sus pensamientos no eran más que fantasías, ya que su satisfacción casi nunca llegaba a materializarse.

María, alta y esbelta, se dirigió discretamente hacia los servicios de la sala *business* del aeropuerto de Heathrow, en Londres. Varias mujeres se retocaban el maquillaje, sentadas en sillas de madera bien acolchadas, frente a un tocador de mármol repleto de pequeñas toallitas blancas. El amplio espejo estaba bien iluminado y reflejaba los rostros pálidos y cansados de las ejecutivas que ahora intentaban ocultar su agotamiento. María se acarició el pelo, largo, negro y brillante, y miró su cuerpo bien tonificado, imaginándose a Jordi tras ella, abrazándola. Pero Jordi, su novio, casi nunca le ponía las manos encima; y si lo hacía, acudía a confesarse inmediatamente después.

María se imaginó el cuerpo desnudo de Jordi, aunque jamás lo había visto completamente; su atlético torso, sus duros abdominales, sus fuertes brazos acariciando su suave piel morena. Su imaginación estaba desbocada. «Es humano, no es nada malo. Menuda cruz que mi novio sea un católico radical, miembro del Opus Dei. Vaya grupo de extremistas».

María deseaba pasar la noche con Jordi. De hecho, ya lo había intentado, pero éste, siguiendo las directrices del Opus, sólo aceptaba la consumación matrimonial después de la boda, nunca antes. Cuando el asunto surgió por primera vez, en la universidad donde se conocieron, ella inicialmente se negó a continuar una relación sin afecto físico, pero la fuerte amistad que ya les unía y la paz y comprensión que hallaba en él hicieron que al final siguieran juntos. María era persona de pocos amigos, y con Jordi se sentía más cómoda que con nadie. Además, tampoco era muy consciente de lo que se estaba perdiendo, ya que después de veinte años de educación católica, todavía no había tenido ninguna experiencia.

Con la mirada aún pegada al espejo, María suspiró.

Seguro que Jordi estaría deseando lo mismo que ella, pero todavía estaba asustada de lo que su novio hacía para contener la tentación. Una vez le había hablado de las prácticas de autoflagelación que aconsejaba el Opus, incluido el uso del cilicio, un aro de espinas que se aplicaba sobre el muslo y dejaba pequeñas heridas en la carne. Jordi también le había confesado que a los quince años, cuando tenía la firme convicción de dedicar su vida a Dios y al celibato, también utilizaba un látigo con el que se fustigaba las nalgas y la espalda. El interés de María la había llevado a descubrir que el fundador del Opus Dei era tan fanático en el uso del látigo que había llegado a manchar las paredes de su cuarto de baño con sangre.

María se estremeció al recordar esas confesiones, a pesar de que Jordi le había repetido mil veces que el cilicio apenas dejaba algunos rasguños. María decidió ignorar esas prácticas y vivía con la esperanza de que la boda acabaría con tanta insensatez.

«¿Cuándo voy a tener una vida sexual normal? Paciencia, ya sólo faltan seis meses».

—Salida del vuelo 480 de British Airways con destino a Barcelona. Rogamos a los señores pasajeros que embarquen por la puerta cincuenta y cuatro. Vuelo 480 con destino a Barcelona, puerta cincuenta y cuatro —dijo una voz por los altavoces, arrancando a María de sus pensamientos.

—¡Hola, cariño! —dijo Jordi con una amplia sonrisa cuando María salió por la puerta de llegadas de la Terminal A del aeropuerto de Barcelona. La rodeó con un brazo y le dio un beso en cada mejilla—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Qué tal Londres? —Jordi le tendió una rosa roja que había estado ocultando a la espalda.

María la cogió y sonrió. «Es tan predecible».

Como de costumbre, Jordi, también de veintiséis años, había estado esperándola con una sonrisa y la rosa de rigor. Enfermo u ocupado, siempre venía a recibirla al aeropuerto, con la única excepción del fútbol. Cuando el Barça jugaba en casa a la misma hora, María cogía un taxi.

—¡Hola! —dijo María, besándolo brevemente en los labios, sonriendo y mirándolo de arriba abajo. Llevaba su uniforme de cuando no trabajaba, el típico polo Ralph Lauren impecablemente planchado, unos Levi's y un jersey de cachemir atado al cuello. El impoluto corte de pelo resaltaba sus grandes ojos verdes y expresivos y su larga nariz.

—Te he echado de menos —dijo Jordi—. Has estado fuera desde el domingo, cuatro días, pero se ha hecho muy largo. —Le acarició la espalda con dulzura. Ambos se abrazaron y se quedaron inmóviles durante un instante. María sintió el calor de sus brazos, la gentileza de su tacto. Poco después, se separó.

—Estoy muy cansada —dijo María en voz baja—. No sé la de reuniones que habré tenido con ese consejo. ¡Es agotador! No

he parado un momento. Habrá que trabajar mucho, porque los criterios de construcción son muy estrictos, ya veremos qué pasa.

—Pobrecita —dijo Jordi, dándole un breve masaje en los hombros.

—Esto es lo que necesito —dijo María, suspirando—. Gracias, cariño. —Y volvió a apartarse.

—Por ti, lo que sea. —Dio un paso atrás y la miró—. ¿Tienes hambre?

—¡Mucha! —dijo María, por fin con un poco de energía—. Estoy desesperada por comer algo bueno, después de tanta mantequilla y crema en todos los platos. Me apetece un buen pescado, o un *pa amb tomàquet*.

—Pues vamos.

Avanzaron con los brazos entrelazados hacia el coche de Jordi, al que llamaban *Óscar*. Jordi también tenía un Jeep Grand Cherokee, pero con María prefería usar el Golf por los recuerdos que le traía. Del retrovisor colgaba una banderita del Barça, junto a una imagen de la Virgen de Montserrat, exactamente igual que cuando conoció a María en la universidad. Después de cuatro años de relación, María aún se preguntaba cómo sobreviviría a tanto fútbol.

—Ayer ganamos al Manchester en la Champions, fue sensacional —dijo Jordi—. Además, en el descanso hablé con Enric Folch, y me dijo que sus dos nuevos hoteles de Mallorca estarán listos para el verano, así que en breve duplicarán sus pedidos de cava.

—Fantástico, eso serán al menos veinte mil botellas, ¿no? —dijo María, interesada.

—Sí, sí. El negocio marcha bien por ahora. El turismo se está recuperando —comentó Jordi, recostándose en el asiento—. Es una lástima que no vaya igual en el resto del mercado nacional.

Cuando María estaba a punto de preguntar por las ventas, Jordi sintonizó una emisora deportiva, donde hablaban del Barça

todo el día. María suspiró y observó a su novio, feliz con su fútbol y con ella.

—No puedo creer que Iniesta marcara de cabeza, ¡con lo pequeño que es! —dijo, todavía entusiasmado por el partido de la noche anterior—. ¿Cuándo vendrás a ver un partido conmigo?

—Algún día, sí. Pero ahora mismo tengo tan poco tiempo que sólo me apetece ir al gimnasio cuando puedo —respondió María. La verdad es que odiaba el fútbol—. ¿Adónde vamos a cenar?

—Si te apetece, mi madre ha preparado un conejo delicioso, toda la casa olía exquisitamente cuando salí. ¿Qué te parece?

La boca de María se le hizo agua sólo de pensarlo.

—Justo lo que necesitaba —sonrió, reposando la espalda en el asiento. Puede que Jordi fuese aburrido y predecible, pensó, pero sin duda su vida era mucho más cómoda y acogedora con él.

La pareja llegó a casa de los padres de Jordi, cerca de Vilafranca del Penedès, una antigua y hermosa masía rodeada de viñedos. Casi había oscurecido, pero aún podían verse los árboles, olerse la tierra y sentir la ligereza del aire. Entraron por el portón de hierro fundido, rematado en el centro por el escudo familiar de los Gratallops. Tras cruzar más viñedos y una arboleda de cipreses, Jordi aparcó junto al Mercedes de su padre y el resto de coches deportivos de sus hermanos. Todos trabajaban en el negocio familiar, aunque era Jordi, el más inteligente y responsable, quien, junto a su padre, llevaba las riendas de la empresa.

Jordi apagó el motor y se quedó quieto durante un instante. María lo observó con detenimiento.

—Quedan seis meses para la boda —dijo él, mirándola con timidez, pero con una sonrisa. Jordi, siempre tan seguro y confiado en cuestiones de trabajo, nunca se había sentido cómodo en los asuntos del corazón, el resultado de una educación represiva y opusiana, pensó María.

—Sí, seis meses —dijo ella. No se le ocurría qué más añadir, ya que, en el fondo, María también estaba un poco asustada. «Dios, sólo seis meses, ya lo tenemos casi encima. Casi...».

—Tengo tantas ganas —afirmó Jordi, apartando la mirada, como si se avergonzara de reconocer el ansia con que esperaba el momento. El Opus, con tanta obsesión por el sexo, había convertido las bodas en una mera antesala de la consumación matrimonial, como si el paso realmente importante no fuera el compromiso entre dos personas, de por vida, pensó María.

«Y qué más da si dos personas se acuestan o no esa noche, lo importante es que prometen cuidarse y quererse toda la vida, como si eso fuera poco. Pero nada, para el Opus lo más importante es la unión de la carne. Qué obsesión, por Dios. Qué paciencia».

María no supo qué contestar; guardó silencio, sin mirarle.

«Sé que todo mejorará cuando tengamos un poco de pasión, que ahora ni existe. Igual entonces ya nos atrevemos a mirarnos a la cara en los momentos importantes».

Ambos salieron del coche y, de la mano, avanzaron hacia la puerta de Mas Gratallops.

* * *

Como heredero del imperio de cava de los Gratallops, un negocio de tres generaciones que ahora exportaba miles de botellas a Europa y a Asia, Jordi se pasaba unas doce horas al día dirigiendo las plantas de Sant Sadurní d'Anoia, en el Penedès. Aparte de un empresario responsable, Jordi también era un hijo ejemplar y un novio devoto. Siempre pulcramente afeitado, elegantemente vestido y sonriente, el joven representaba lo que cualquier madre querría para su hija.

De pie enfrente de la puerta de la masía de sus padres, Jordi miró a María intensamente, observando su falda corta y sus largas piernas cubiertas por las medias de seda negras que tanto le gustaba acariciar.

«Debo contenerme, aún quedan seis meses», pensó justo antes de apartar la mirada.

Jordi respiró hondo y abrió la amplia puerta de madera de roble.

—¿Qué hay? —saludó escuetamente el padre de Jordi al cabo de unos segundos. El hombretón, impecablemente vestido de traje azul oscuro, tenía un cigarrillo en una mano y el móvil en la otra—. Ahora no puedo hablar. Tengo una llamada importante —dijo, metiéndose en otra habitación y cerrando la puerta tras de sí.

«Siempre trabajando».

Jordi dejó la maleta de María junto al viejo baúl del vestíbulo. Llamó a las puertas del salón principal y las abrió ligeramente cuando oyó a su madre gritar desde dentro que estaba al teléfono. Las volvió a cerrar.

La madre de Jordi había empezado a vivir su propia vida hacía años. Tras criar a sus hijos, nada parecía vincularla ya a la familia, que vivía centrada en el negocio, un mundo que el padre de Jordi siempre le había vedado. A Jordi nunca le pareció que sus padres tuvieran demasiadas cosas que decirse, por no decir nada en absoluto. Pero el divorcio no era una opción para su generación, todavía muy pendiente de los estigmas del pasado. Eran los Gratallops del Penedès y ocupaban un lugar destacado dentro de la alta burguesía catalana, siempre tan reacia a cualquier cambio. Las mismas familias habían controlado la política, la industria y la sociedad de Cataluña desde la revolución industrial, y ellos mismos se encargaban de perpetuar esa situación.

Jordi y María subieron a la terraza de la masía modernista del siglo XIX, de tres plantas. Se sentaron en las sillas de mimbre con amplios cojines blancos, desde donde se veían los fresnos y cipreses del jardín trasero y un mar de rosas, geranios y petunias, todo rodeado por hectáreas de viñedos. A Jordi le encantaba sentarse en silencio con María, lejos del ajetreo de la fábrica y de los incesantes problemas que precisaban solución día tras día. Jordi

permanecía callado —tal era su timidez en lo íntimo que prefería hablar con los ojos y la sonrisa más que con palabras.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó el padre de Jordi, entrando de repente en la terraza—. ¿Tardaremos mucho en tener instalaciones? Por fin, un almacén en Londres que disparará las ventas. ¿Os lo imagináis? ¡Un almacén en Londres! Es sin duda el mercado más potente.

—Esos ingleses sólo saben beber, ¿eh? —dijo Jordi, intentando agrandar a su padre, quien ignoró a su hijo y llamó a la asistente para pedir unas bebidas y algo de picar.

Desde la terraza abovedada, los tres contemplaron los colores rojizos del atardecer mediterráneo mientras los últimos trabajadores regresaban de los campos, agotados después de recoger uva, racimo a racimo, durante todo el día. Jordi adoraba su tierra, Dios, María y Cataluña era todo lo que necesitaba.

—Hemos hecho un buen progreso —dijo María—. Patrick, el agente, me enseñó una zona prometedora en Islington, un barrio de moda, con muchos bares y restaurantes. —María cogió una de las copas de cava que la asistente ofrecía en una bandeja de plata, y picó un poco de jamón, perfectamente dispuesto en la mesa junto a un poco de tortilla y unas almendras tostadas—. Desde allí podríamos llegar a los restaurantes del West End con facilidad.

—¿Crees que nos ceñiremos al presupuesto? —preguntó el señor Gratallops, dando unos golpecitos a la copa con la punta del dedo, impaciente.

—Todavía no lo sé —admitió María—. Puede que el ayuntamiento del distrito ponga algunas pegas. En principio, quieren crear empleos, pero son muy exigentes con las normas de construcción. Además, los alquileres en Londres están por las nubes.

—Un lugar así creará al menos cincuenta puestos de trabajo, recuerda —dijo el padre de Jordi y presidente de Caves Gratallops—. No podemos gastar ni un euro más en este proyecto. Inglaterra ya es demasiado cara.

—Sí, sí. Lo sé —admitió María, reposando la espalda en la silla—. Pero el ayuntamiento no nos dejará construir más de tres plantas, ya que Islington es una zona protegida. Quizá debamos buscar edificios un poco más bajos, pero más amplios.

—¡Ni un euro más! —repitió Pere Gratallops, con tono amenazador—. Dos millones de euros ya es estirar demasiado las cuentas —dijo, mirando a María directamente a los ojos.

«Papá, sé amable por una vez», pensó Jordi, cruzando las piernas nerviosamente.

—Patrick ha dicho que está estudiando varias opciones —dijo María, bajando la mirada—. Volveré a Londres dentro de un par de semanas para ver qué ha encontrado.

—Seguro que hay buenas alternativas —dijo Jordi, conciliador como siempre.

Caves Gratallops había encargado a Banca Catalana, donde trabajaba María, el proyecto de encontrar y financiar la compra o construcción de un almacén en Londres. Jordi, su padre y el jefe de María, Andreu, se veían a menudo en el fútbol; formaban parte de un grupo de una veintena de hombres, sin una sola mujer entre ellos, que durante el descanso de los partidos hablaban de fútbol y negocios, mientras bebían café o coñac, envueltos por el humo de los mejores habanos. Allí, en la zona VIP del Barça, se tomaban algunas de las decisiones empresariales más importantes de Cataluña.

Tras asegurarse el encargo de Caves Gratallops, Andreu asignó el proyecto a María, convencido de que pondría más entusiasmo que cualquiera de sus compañeros, ya que pertenecería a la familia en cuestión de meses. Jordi no estaba seguro de que familia y negocios encajaran bien; en casa, había visto fracasar esa combinación demasiadas veces. Discusiones familiares, rivalidad entre hermanos, malentendidos con el jefe, que a su vez es el padre, aparte de todos los fines de semana perdidos por no poder desconectar del trabajo —siempre presente en cualquier reunión familiar.

—Estoy seguro de que todo irá bien —dijo Jordi, cogiendo las manos de María. Ella le sonrió.

—Esperemos, pero recuerda nuestro límite —reiteró el padre de Jordi. Encendió un cigarrillo y se perdió en la contemplación de sus viñedos durante unos instantes, dando lugar a un tenso silencio.

María dijo al fin:

—Estoy bastante cansada y mañana me esperan pronto en el banco. Creo que me voy a descansar, si no os importa. —Se levantó.

Jordi se sorprendió. «¿Ya?».

—Cariño, ¿estás segura? ¿No quieres esperar a la cena?

—No, lo siento, gracias —dijo María—. Creo que prefiero irme a casa.

Jordi sabía que su padre la había molestado, siempre presionaba en los negocios, sin pensar en nadie más que en sí mismo.

Miró a su padre. «¿Ves lo que has conseguido? Ahora no quiere quedarse. Mi propia familia nunca se parecerá a ésta, en nada».

—Estoy hasta los cojones del boicot contra los productos catalanes —dijo de repente Pere Gratallops, sin apenas moverse, cuando la pareja estaba a punto de irse. Suspiró con la mirada todavía fija en los viñedos—. Hoy han dicho en la radio que en un pueblo de Castilla han atacado una bodega que vendía cava catalán, ¿os lo podéis creer? Todavía tenemos que renegociar el Estatut después del fallo del Constitucional, pero tampoco hay que ponerse a prohibir los toros y crear provocaciones, porque entonces se nos pone todo el país en contra y, lo más importante, dejan de comprar cava.

María asintió.

—Por desgracia aún queda algo de esa actitud en Belchite —dijo.

Jordi y su padre negaron con la cabeza.

—Treinta años de democracia y todo sigue igual, que si Cataluña, que si los toros, que si el Estatut, la Iglesia..., todo por

resolver —dijo Jordi, mientras acompañaba a María a la puerta, dejando a su padre inmerso en sus pensamientos.

La pareja llegó a la entrada.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Jordi, acariciando con delicadeza el pelo de María.

—Sí, no te preocupes. Mañana estaré mejor.

—Como quieras. —Jordi estaba decepcionado, pero intentó mostrarse comprensivo. Llevaba toda la semana esperando a María, sin apenas tiempo para la diversión o los amigos. Sólo había trabajado, dormido un poco y soportado los tensos almuerzos familiares con sus padres y hermanos. Había pasado toda la semana soñando con coger a María de las manos, ir al cine con ella. Tenerla cerca bastaba para hacerle feliz.

—Como tú digas. Te llevaré a casa —dijo, logrando esbozar una sonrisa que no sentía.

Era todo un caballero.

Jordi esperó en el coche después de dejar a María en su piso en el centro de Barcelona. Vio cómo ésta cerraba la puerta del portal y desde dentro le lanzaba un beso con aquellos labios que tantas veces le habían cautivado.

«Es tan guapa. Dios, ayúdame a contenerme hasta la boda».

A los siete años, Jordi —rico, listo y bien educado— se había convertido en el objetivo de los maestros de La Farga, una escuela del Opus Dei a las afueras de Barcelona. Allí, sus tutores consiguieron hacerle creer que Dios le había escogido para alcanzar la santidad a través de su organización. Sin el conocimiento de sus padres, que estaban demasiado ocupados con el negocio y peleándose entre sí, Jordi recibía invitaciones para montar a caballo, salir a esquiar, acudir a retiros espirituales en casas de campo en el Pirineo o para participar en campamentos deportivos —todo ello cebos para atraer adolescentes hacia el grupo—. Funcionaba. Jordi, al igual que sus compañeros, decía sí a todo lo que

fuera pasar tiempo lejos de sus padres; y en su caso, todavía más, ya que los gritos o el silencio siempre presentes en casa hicieron que la fabulosa masía nunca fuera un verdadero hogar.

A sus padres no parecía preocuparles que su hijo pasara la mayoría de fines de semana en actividades organizadas por la escuela. Jordi era un chico tímido, así que a nadie le sorprendió que nunca trajese chicas a casa, a diferencia de sus tres hermanos, cuyos habituales problemas con los coches deportivos y las mujeres consumían toda la atención familiar. Sus padres nunca se imaginaron que su segundo hijo había sido captado una tarde de verano, cuando tenía tan sólo trece años, durante un campamento de estudio en una mansión del Opus en la Costa Brava. Su mentor, el padre Juan Antonio, se lo llevó a una habitación, echó las persianas, eliminando la luz del día casi por completo, y le habló del Opus con voz grave, insistiendo en que Dios lo había reclamado por su inteligencia y superioridad humana.

A los dieciocho años, durante su primer curso en la universidad, en Pamplona, Jordi entró en el Opus Dei en calidad de numerario, uno de los rangos más distinguidos, reservado a quienes comparten una vida célibe, viviendo en pisos grandes y lujosos, dedicando su vida y su sueldo a la causa.

Pero Jordi, poco acostumbrado a convivir con mujeres, al no tener hermanas y al haber estudiado siempre en colegio de chicos, no pudo evitar mirar a sus compañeras de clase, algunas más guapas de lo que él nunca había visto, o tan siquiera imaginado.

Pero sólo María le conquistó el corazón. Ambos habían pasado semanas observándose mutuamente mientras fumaban fuera de la biblioteca, en medio del frío invierno pamplonés. También habían intercambiado miradas en la sala de lectura, desde sus asientos habituales, María siempre junto a la ventana y Jordi en el pasillo, para así charlar con quien entrase o saliese.

A Jordi enseguida le cautivaron los profundos ojos negros de María, sobre todo cuando miraba a través de los cristales, con una sensación de melancolía reflejada en su cara. Impactado por

su belleza y por su misterio, no dejaba de pensar en ella, estuviera o no presente.

Al final reunió suficiente valor para pedirle un cigarrillo, lo que dio pie a una amistosa conversación sobre la universidad y el horrible tiempo que hacía. Esa misma noche, él y un amigo suyo se la encontraron en el cine; estaba sola, sentada en la última fila, como de costumbre. Después de la película le ofrecieron que les acompañara a tomar un café o un helado y, para sorpresa de Jordi, accedió.

Con el paso de los días, sus esfuerzos por dejar de pensar en María a todas horas fueron en vano. La ayuda de su director espiritual también resultó fútil, y la tentación se hizo insoportable. Jordi se sentía un hipócrita cada vez que acudía a la misa obligatoria diaria y tenía que asegurarle a su confesor que era feliz de regalar su vida a Dios a través del celibato.

Esta angustia se veía compensada por la felicidad que sentía todas las mañanas, al despertarse, ante la posibilidad de ver a María, de cruzarse con ella en el campus. Sin saber por qué, se sentía joven, ágil, despierto, más ilusionado que nunca.

Al cabo de un proceso agotador, pero siempre manteniendo la serenidad, Jordi decidió convertirse en supernumerario, los miembros del Opus que se casan pero siguen manteniendo su compromiso con Dios y con un director espiritual, acudiendo a misa diaria y, en ocasiones, donando más de la mitad de su sueldo a la organización.

Jordi sabía que abandonar el celibato no implicaba abandonar el Opus Dei. No quería acabar como las personas de las que había oído hablar, quienes, tras abandonar el grupo, se enfrentaban a una vida llena de perturbaciones emocionales. Según tenía entendido, algunos incluso llegaban a suicidarse. Jordi había crecido bajo la tutela del Opus. Era su vida. Jamás abandonaría la seguridad que le proporcionaba.

Unas semanas más tarde, espoleado por el sol primaveral y su nueva libertad, Jordi intentó provocar tantas conversaciones

ocasionales con María como le fue posible. Cansado de tantos intentos, un día le preguntó directamente si quería ir al cine.

Tras ver *French Kiss*, donde compartieron las palomitas que él había comprado impacientemente casi una hora antes de la película, Jordi acompañó a María a su colegio mayor y, antes de salir del coche, la besó fugazmente en los labios.

Durante las semanas que siguieron, Jordi fue incapaz de ocultar su felicidad infinita. Los días se sucedieron salpicados de innumerables excursiones al cine, cafés y horas en la biblioteca, con más flirteos que estudio. El tiempo pasó más deprisa de lo que nunca había experimentado, tanto que el almendro frente al edificio principal de la universidad floreció antes de que se dieran cuenta. La tradición rezaba que si uno no empieza a estudiar antes de que salgan las primeras flores, mejor ni intentarlo. Aquel año, Jordi y María fueron una excepción.

Jordi seguía aparcado frente al piso de María, en la calle Aribau. Se acarició las manos con delicadeza, casi inconscientemente.

«María...», pensó con deseo, sintiendo aún la inercia del último beso.

«Dios, por favor, ayúdame a llegar a la boda como un auténtico cristiano, mostrando todo el respeto que mi novia se merece». Tuvo que repetirse esas palabras una y otra vez.

En Pamplona, las relaciones antes del matrimonio eran una rareza casi sólo practicada por una segregada minoría vasca y local —conocidos como los «radicales»—, a la que ni Jordi, ni María ni ninguno de sus amigos pertenecían. La mayor parte del tiempo que pasaban juntos era en espacios públicos, ya que no se admitían hombres en Goimendi, el colegio mayor de María, y ésta sólo podía visitar el piso de Jordi a ciertas horas de la tarde. Jordi y sus compañeros, todos opusianos, habían acordado, por supuesto, que ninguna mujer podía estar en el piso a partir de las nueve de la noche.

La mayoría de sus amigos en la universidad tenían ocho o nueve hermanos. Sus padres habían seguido las directrices del fundador del Opus, José María Escrivá de Balaguer, el sacerdote que creó el grupo a finales de los años veinte, escogiendo a sus miembros entre la élite española del momento. Durante los años cincuenta, en pleno esplendor franquista, la organización siguió atrayendo sobre todo a los ricos que podían alimentar a todos los hijos que Dios les diera —los anticonceptivos estaban terminantemente prohibidos—. El grupo creció hasta nuestros días, llegando a controlar influyentes medios de comunicación, empresas, bancos, fábricas y, por supuesto, colegios y universidades donde educar a sus retoños, como la Universidad de Navarra.

Parte de la élite española actual había empezado a relacionarse en los bares de Pamplona, sobre todo en Faustino, la cafetería de la universidad, donde los camareros, todos ellos hombres, vestían chaquetas blancas con botones dorados y pantalones negros. No servían alcohol, sino únicamente café y refrescos, a unos estudiantes que, después de charlar entre sí, se iban a clase atravesando los pulidos suelos de mármol blanco y negro en los que casi se podían ver reflejados. En el piso de Jordi, una asistenta les cocinaba, les planchaba las camisas y limpiaba la casa, algo bastante habitual entre los estudiantes varones. En cambio, se esperaba que las mujeres universitarias se responsabilizaran de sus propias tareas domésticas.

En Pamplona, un beso equivalía prácticamente a un compromiso, pero los de Jordi fueron aumentando en duración y pasión con el paso de los meses. Cuando llegaba a su casa lleno de deseo, después de un largo beso y posiblemente varias copas, Jordi recurría al cilicio o, si el impulso era incontrolable, se dejaba llevar por la tentación —si bien se confesaba con una insoportable culpa al día siguiente.

Se había enamorado perdidamente de María, sólo quería estar a su lado, contemplarla. Le encantaba charlar con ella, aunque sólo fuese para oír cómo despotricaba contra la ideología

ultraconservadora de la universidad. A menudo se quejaba de la censura de la biblioteca, que clasificaba los libros del uno al seis, siendo los últimos los menos recomendables y, por lo tanto, raramente estaban disponibles. Este grupo incluía a Lorca, Orwell o Marx; incluso los relatos de Hemingway sobre la Guerra Civil eran difíciles de encontrar.

A Jordi no le importaba demasiado que algunos libros no estuvieran disponibles, y tampoco se había dado cuenta de que *El País* no estaba en las estanterías, ni siquiera para los estudiantes de Periodismo, ya que él leía *La Vanguardia*. Simplemente adoraba ver aflorar la personalidad y la pasión de María y sus ojos brillantes de ideas, aunque no comulgase con ellas. Sencillamente la adoraba.

Con el paso de las semanas, a Jordi le costaba cada vez más controlar la tentación. Una noche, mientras contemplaban el mar en San Sebastián, los dos empezaron a besarse apasionadamente dentro del coche. El aliento de María se aceleró y, cerrando los ojos, sugirió ir al asiento de atrás, un momento que Jordi había temido desde el principio. Consciente de que ella no pertenecía al Opus, ¿cómo iba a convencerla de que esperase hasta después del matrimonio?

Cuando le dijo, con todo el cuidado del mundo, que pertenecía al Opus Dei, María se echó hacia atrás. Trató de tranquilizarla y explicarle lo que el Opus y Dios significaban para él, cómo habían forjado la persona que era, pero ella le apartó.

La noche acabó en lágrimas, con María incapaz de comprender lo que Jordi decía o lo que la religión significaba para él. Jordi también estuvo al borde de las lágrimas, puesto que su esfuerzo por controlar sus deseos rayaba lo insoportable. Con todo, si allí había alguien acostumbrado a refrenarse, era él.

María rompió la relación durante varias semanas, diciendo que se sentía rechazada. Había sospechado que Jordi simpatizara con el Opus, pero tenía la esperanza de que el sentido común acabaría imponiéndose y que ambos terminarían cediendo a la

pasión de manera natural. María nunca pensó que alguien le pediría algún día que tuviera todos los hijos que Dios le enviara, diez, doce o puede que más. Ella, dijo, nunca podría ser ese tipo de mujer, ni siquiera para él, por mucho que le quisiera.

Jordi acabó con el corazón roto y pasó días enteros escribiéndole cartas llenas de ternura, respeto y amor. La quería más que a nada en el mundo, y nunca perdió la esperanza de poder alcanzar una solución, de una manera u otra.

Un día, María regresó finalmente, diciendo que le echaba mucho de menos y que lo quería lo suficiente como para esperar. También acordaron, de momento, no decidir cuántos hijos tendrían si alguna vez se casaban.

Jordi no cabía en su felicidad, y el compromiso de María le hizo amarla todavía más. No paró de cuidarla, siempre imaginando cuáles eran sus necesidades: cuando tenía exámenes, él le hacía la compra; le arreglaba los pinchazos de la bicicleta o compraba las entradas para ver las películas que ella más esperaba, aunque ni se las hubiese mencionado. Siempre acertaba.

Un fuerte pitido despertó a Jordi de sus pensamientos. Respiró hondo y arrancó el motor. Regresó a casa por la Diagonal, ahora oscura y silenciosa.

«Qué mujer. Ha sido muy paciente conmigo. La haré feliz. Lo prometo; es mi vida entera».

* * *

Esa noche, María puso su música cubana favorita y salió a la terraza para disfrutar del todavía cálido aire de octubre. Miró hacia el interior de su piso; todas las velas estaban encendidas, como le gustaba.

Su buen sueldo le permitía alquilar un ático de dos habitaciones en un edificio modernista del Eixample. Desde su terraza,

podía ver la Rambla Catalunya y la Sagrada Familia. Le encantaban las noches de verano allí, con sus geranios y su colección de hierbas para cocinar. Era su pequeño mundo, desde el que podía contemplar las estrellas, cuidar de sus plantas, poner la mente en blanco, fumar y disfrutar de una copa de Mas la Plana, su tinto favorito. De hecho, el vino le gustaba más que el cava, aunque nunca se lo había dicho a Jordi, y mucho menos a su padre.

Bombillo salió a la terraza y levantó la mirada hacia María, ronroneando y provocándole una sonrisa. Saltó sobre ella y se aposentó en su regazo.

«Pobrecillo, he estado demasiado tiempo fuera», pensó María, acariciando a su querido siamés, que no dejaba de menear la cola de un lado a otro.

El viejo *Bombillo*, el gato que había tenido desde los siete años, se trasladó a casa de la abuela Basilisa cuando María marchó a la universidad; su madre no quería saber nada de él, y el pobre murió de viejo cuando María aún estaba en Pamplona. Tras unos días de absoluto silencio tras su muerte y años sin poder hablar de gatos o tan siquiera acariciarlos, María por fin acogió a *Bombillo II*, sin duda el mejor regalo de Jordi, que tan bien la conocía.

Levantó la mirada hacia el cielo.

«Seis meses para la boda».

Bebió más vino y relajó los hombros. Suspiró profundamente y se imaginó las suaves manos de Jordi acariciándola, una fantasía que tenía desde que le conoció en Pamplona. Sola en su pequeña habitación en Goimendi, su colegio mayor, María había soñado muchas noches con Jordi. Allí, rodeada de crucifijos obligatorios, biblias y misales, María había deseado a Jordi, algunas veces sin poder evitar la tentación —que nunca admitió a su confesor—. Todas las mañanas, antes del desayuno, María asistía a una misa «voluntaria», en teoría, las alumnas del colegio, que contaba con su propia capilla, no estaban obligadas a asistir, pero la ausencia estaba tan mal vista que todas se sentían obligadas a ir. De rodillas en el confesionario y a través de una cortina negra ater-

ciopelada, María nunca habló de sus pensamientos nocturnos al padre Domingo, profesor y sacerdote a cargo de la residencia. Siempre intuyó que aquella información le daría un gran poder sobre su persona y, por lo que había tratado con él, dudaba de sus buenas intenciones. Cubierto de pies a cabeza con una sotana negra, el padre Domingo siempre iba solo, cojeando por los pasillos de la universidad mostrando su cínica sonrisa. Siempre rodeado de un siniestro silencio, su penetrante mirada lo había convertido en una de las figuras más temidas por los estudiantes.

María no echaba de menos su etapa universitaria. Le encantaba el bullicio de Barcelona y se consideraba una mujer independiente, más o menos feliz. Su vida estaba llena, por lo que no tenía demasiado tiempo para pensar, cosa buena, se decía siempre.

Sólo le molestaban los muchos días de fiesta —San esto, San lo otro—, ya que la vida parecía detenerse, perdiendo la adrenalina de la rutina diaria, del trabajo, el gimnasio y la BlackBerry.

Esos días le parecían largos y vacíos, como los domingos, que solía pasar con Jordi y sus aburridos amigos opusianos. De todos modos, ese grupo, que la quería y se interesaba por ella, también le hacía sentirse menos sola y asilada en la gran ciudad. Al Opus se le daba bien hacer que la gente se sintiera bien acogida; ya fuese con paseos por pueblecitos de la costa, excursiones a los Pirineos, unas risas alrededor de un café o compartiendo una tortilla, Jordi y sus amigos llenaban el vacío que sentía en sus horas más bajas. Aun así, María volvía a veces a la figura solitaria de Pamplona, hasta que Jordi se acercaba y la devolvía al feliz e incuestionado mundo del Opus, donde, como en las películas de Disney, todo el mundo era rico, sano y feliz.

Los mejores momentos, sin duda, los pasaba sola en su terraza, envuelta por el cálido aire de las noches mediterráneas, escondida en su propio mundo, sin ver a nadie, o más bien sin dejar que nadie la viera a ella. Se pasaba largos ratos soñando despierta, sobre todo y nada, creando apasionadas historias de amor que sólo existían en su mente.

«Seis meses para que llegue la boda».

El corazón le dio un vuelco.

Jordi le propuso casarse un año después de terminar la carrera, cuando ambos estaban bien establecidos en sus trabajos en Barcelona. Ella le pidió más tiempo y pasó un año decidiendo si seguir adelante con un futuro que le ofrecía seguridad, ternura y comodidad, o romper, a la espera de una aventura pasional, como las que imaginaba.

«Eso son películas, sé realista, Jordi me querrá siempre. Es la elección correcta», se había dicho muchas veces. No quería acabar como su abuela. Su madre siempre le había dicho que la abuela Basilisa se enamoró de un obrero que la abandonó, embarazada, tras llevarse los ahorros de la familia. María adoraba a su abuela, pero nunca habían hablado de su pasado.

«Las historias apasionadas nunca acaban bien», le había advertido siempre su madre.

María tampoco quería acabar como ella, atrapada en un matrimonio sin la menor pasión, o sin una pizca de amor.

Esa contradicción siempre la dejaba exhausta, y era entonces cuando más deseaba a Jordi y la seguridad que éste le proporcionaba. Un año después de la petición, María finalmente dio el sí. Contempló su anillo de diamantes.

«¿Qué saben las piedras de amor?».

Bombillo le olisqueó toda la cara y volvió a aposentarse en su regazo, cerrando los ojos y frotando la cabeza contra su pecho.

«Qué pequeño y vulnerable», pensó María.

De repente se acordó de cuando era niña, pequeña y vulnerable, en su cuarto de Belchite. Las lágrimas enseguida llenaron sus ojos.

Capítulo 2

Inmaculada Concepción de la Vega, o Conchita, como se la conocía, contemplaba sus olivos, viejos y retorcidos, a través de la ventana de la cocina. La oliva estaba lista para la recogida, y con un poco de suerte el año sería mejor que el anterior, cuando las inundaciones redujeron la producción de aceite a niveles que sólo había visto una o dos veces a lo largo de treinta años.

Conchita, una mujer alta, con brazos grandes y fuertes y una larga nariz aguileña, echó un poco de tomillo sobre el cordero que preparaba y colocó la cazuela de arcilla al fuego. Era el día del Pilar, santo y cumpleaños de su hija mayor, y esperaba a toda la familia para comer; todos excepto María, la más pequeña, que, en su opinión, había esgrimido una mala excusa.

«Siempre hace lo que le da la gana. No respeta las tradiciones de los demás. Qué chica más egoísta. Y aun así querrá que todos la ayudemos en su boda».

Conchita, vestida con una falda negra y una blusa gris abrochada hasta el cuello, se quitó el delantal y salió de la casa familiar en Belchite, un pueblo todavía atrapado en su pasado trágico. Le encantaba pasear entre los cientos de olivos que habían sido propiedad de los De la Vega desde hacía más de doscientos años. Olían a tierra y a naturaleza, sobre todo los que tenían más de mil años.